

Jornada tercera

La escena es en Italia, en Veletri y sus alrededores.

Escena I

El teatro representa una sala corta, alojamiento de oficiales abandonados. En las paredes estarán colgados, en desorden, uniformes, capotes, sillas de caballos, armas, etc.; en medio habrá una mesa con tapete verde, dos candeleros de bronce con velas de sebo, los cuatro Oficiales alrededor, uno de ellos con la baraja en la mano, y habrá sillas desocupadas.

PEDRAZA.- (Entra muy deprisa.) ¡Qué frío está esto!

OFICIAL 1º.- Todos se han ido en cuanto me han desplumado; no he conseguido tirar ni una buena talla.

PEDRAZA.- Pues precisamente va a venir un gran punto, y si ve esto tan desierto y frío...

OFICIAL 1º.- ¿Y quién es el pájaro?

TODOS.- ¿Quién?

PEDRAZA.- El ayudante del general, ese teniente coronel que ha llegado esta tarde con la orden de que al amanecer estemos sobre las armas. Es gran aficionado, tiene mucho rumbo y, a lo que parece, es blanquito. Hemos cenado juntos en casa de la coronela, a quien ya le está echando requiebros, y el taimado de nuestro capellán le marcó por suyo. Le convidó con que viniera a jugar, y ya lo trae hacia aquí.

OFICIAL 1º.- Pues señores, ya es este otro cantar. Ya vamos a ser todos unos... ¿Me entienden ustedes?

TODOS.- Sí, sí; muy bien pensado.

OFICIAL 2º.- Como que es de plana mayor, y será contrario de los pobres pilíes.

OFICIAL 4º.- A él, y duro.

OFICIAL 1º.- Pues para jugar con él tengo baraja preparada, más obediente que un recluta y más florida que el mes de mayo... (Saca una baraja del bolsillo.) Y aquí está.

OFICIAL 3º.- ¡Qué fino es usted, camarada!

OFICIAL 1º.- No hay que jugar ases ni figuras. Y al avío, que ya suena gente en la escalera. Tiro, tres a la derecha, nueve a la izquierda.

Escena II

DON CARLOS DE VARGAS. EL CAPELLÁN

CAPELLÁN.

Aquí viene, compañeros,
un rumboso aficionado.

TODOS

Sea, pues, muy bien llegado.

(Levantándose y volviéndose a sentar.)

DON CARLOS

Buenas noches, caballeros.

¡Qué casa tan indecente!

(Aparte.)

Estoy, ¡vive Dios!, corrido
de verme comprometido
a alternar con esta gente.

OFICIAL 1º.

Sentaos.

(Se sienta DON CARLOS, haciéndole todos lugar.)

CAPELLÁN

(Al banquero.)

Señor, capitán

¿y el concurso?

OFICIAL 1º.

(Barajando.)

Se afufó

en cuanto me desbancó;

totitos repletos van.

Se declaró un juego eterno

que no he podido quebrar,

y siempre salió a ganar

una sota del infierno.

Veintidós veces salió,

y jamás a la derecha.

OFICIAL 2º.

El que nunca se aprovecha

de tales gangas soy yo.

OFICIAL 3º.

Y yo, en el juego contrario

me empeñé, que nada vi,

y ya solo estoy aquí

para rezar el Rosario.

CAPELLÁN

Vamos.

PEDRAZA

Vamos.

OFICIAL 1º.

Tiro.

DON CARLOS

Juego.

OFICIAL 1º.

Tiro, a la derecha, el as,

y a la izquierda, la sotita.

OFICIAL 2º.

¡Ya salió la muy maldita,

por vida de Barrabás!...

OFICIAL 1º.

Rey a la derecha, nueve

a la izquierda.

DON CARLOS

Yo lo gano.

OFICIAL 1º.

(Paga.)

¡Tengo apestada la mano!

Tres onzas; nada se debe.

A la derecha, la sota.

OFICIAL 4º.

Ya quebró.

OFICIAL 3º.

Pegarle fuego.

OFICIAL 1º.

A la izquierda, siete.

DON CARLOS

Juego.
OFICIAL 2º.
Sólo el verla me rebota.
DON CARLOS
Copo.
CAPELLÁN
¿Con carta tapada?
OFICIAL 1º.
Tiro a la derecha el tres.
PEDRAZA
¡Qué bonita carta es!
OFICIAL 1º.
Cuando sale descargada.
A la izquierda, el cinco.
DON CARLOS
(Levantándose y sujetando la baraja.)
No;
con tiento, señor banquero.
(Vuelve su carta.)
Que he ganado mi dinero,
y trampas no sufro yo.
OFICIAL 1º.
¡Cómo trampas!... ¿Quién osar?...
DON CARLOS
Yo; pegado tras del cinco
está el caballo, buen brinco
le hicisteis, amigo, dar.
OFICIAL 1º.
Soy hombre pundonoroso,
y esto una casualidad...
DON CARLOS
Ésta es una iniquidad;
vos, un taimado tramposo.
PEDRAZA
Sois un loco, un atrevido.
DON CARLOS
Vos, un vil, y con la espada...
TODOS
Ésta es una casa honrada.
CAPELLÁN
Por Dios, no hagamos rüido.
DON CARLOS
(Echando a rodar la mesa.)
Abreviemos de razones.
TODOS
(Tomando las espadas.)
¡Muera, muera el insolente!
DON CARLOS
(Sale defendiéndose.)
¿Qué puede con un valiente
una cueva de ladrones?
(Vanse acuchillando, y dos o tres soldados retiran la mesa, las
sillas y desembarazan la escena.)

Escena III

El teatro representa una selva muy oscura. Aparece al fondo
DON ÁLVARO, solo, vestido de capitán de granaderos, se acerca
lentamente, y dice con gran agitación.

DON ÁLVARO
(Solo)
¡Qué carga tan insufrible
es el ambiente vital
para el mezquino mortal
que nace en signo terrible!
¡Qué eternidad tan horrible
la breve vida! Este mundo,
¡qué calabozo profundo

para el hombre desdichado
a quien mira el cielo airado
con su ceño furibundo!
Parece, sí, que a medida
que es más dura y más amarga,
más extiende, más alarga
el destino nuestra vida.
Si nos está concedida
sólo para padecer,
y debe muy breve ser
la del feliz, como en pena
de que su objeto no llena,
¡terrible cosa es nacer!
Al que tranquilo, gozoso,
vive entre aplausos y honores,
y de inocentes amores
apura el cáliz sabroso;
cuando es más fuerte y brioso,
la muerte sus dichas huella,
sus venturas atropella;
y yo, que infelice soy,
yo, que buscándola voy,
no pudo encontrar con ella.
Mas ¿cómo la he de obtener,
¡desventurado de mí!,
pues cuando infeliz nací,
nací para envejecer?
Si aquel día de placer
(que uno solo he disfrutado),
Fortuna hubiese fijado,
¡cuán pronto muerte precoz
con su guadaña feroz
mi cuello hubiera segado!
Para engalanar mi frente,
allá en la abrasada zona,
con la espléndida corona
del imperio de Occidente,
amor y ambición ardiente
me engendraron de concierto;
pero con tal desacierto,
con tan contraria Fortuna,
que una cárcel fue mi cuna
y fue mi escuela el desierto.
Entre bárbaros crecí,
y en la edad de la razón,
a cumplir la obligación
que un hijo tiene, acudí;
mi nombre ocultando, fui
(que es un crimen) a salvar
la vida, y así pagar
a los que a mí me la dieron,
que un trono soñando vieron
y un cadalso al despertar.
Entonces, risueño un día,
uno solo, nada más,
me dio el destino, quizás
con la intención más impía.
Así en la cárcel sombría
mete una luz el sayón,
con la tirana intención
de que un punto el preso vea
el horror que le rodea
en su espantosa mansión.
¡Sevilla! ¡Guadalquivir!
¡Cuál atormentáis mi mente!...
¡Noche en que vi de repente
mis breves dichas huir!...

¡Oh, qué carga es el vivir!
¡Cielos, saciad el furor!
Socórreme, mi Leonor,
gala del suelo andaluz,
que ya eres ángel de luz
junto al trono del Señor.
Mírame desde tu altura
sin nombre en extraña tierra,
empeñado en una guerra
por ganar mi sepultura.
¿Qué me importa, por ventura,
que triunfe Carlos o no?
¿Qué tengo de Italia en pro?
¿Qué tengo? ¡Terrible suerte!
Que en ella reina la muerte,
y a la muerte busco yo.
¡Cuánto, oh Dios, cuánto se engaña
el que elogia mi ardor ciego,
viéndome siempre en el fuego
de esta extranjera campaña!
Llámanme la prez de España,
y no saben que mi ardor
sólo es falta de valor,
pues busco ansioso el morir
por no osar el resistir
de los astros el furor.
Si el mundo colma de honores
al que mata a su enemigo,
el que lo lleva consigo,
¿por qué no puede...?

(Óyese ruido de espadas.)

DON CARLOS
(Dentro.)

¡Traidores!

VOCES
(Dentro.)

Muera.

DON CARLOS
(Dentro.)

¡Viles!

DON ÁLVARO
(Sorprendido.)

¡Qué clamores!

DON CARLOS
(Dentro.)

¡Socorro!

DON ÁLVARO

(Desenvainando la espada.)

Dárselo quiero,

que oigo crujir el acero,

y si a los peligros voy

porque desgraciado soy,

también voy por caballero.

(Étrase; suena ruido de espadas; atraviesan dos hombres la escena como fugitivos, y vuelven a salir DON ÁLVARO y DON CARLOS.)

Escena IV

DON ÁLVARO y DON CARLOS, con las espadas desnudas

DON ÁLVARO

Huyeron..., ¿estáis herido?

DON CARLOS

Mil gracias os doy, señor;

sin vuestro heroico valor

de cierto estaba perdido,

y no fuera maravilla:

eran siete contra mí,
y cuando grité, me vi
en tierra ya una rodilla.

DON ÁLVARO

¿Y herido estáis?

DON CARLOS

(Reconociéndose.)

Nada siento.

(Envainan.)

DON ÁLVARO

¿Quiénes eran?

DON CARLOS

Asesinos.

DON ÁLVARO

¿Cómo osaron, tan vecinos
de un militar campamento?...

DON CARLOS

Os lo diré francamente:

fue contienda sobre el juego.

Entré sin pensarlo, ciego,

en un casuco indecente...

DON ÁLVARO

Ya caigo; aquí a mano diestra...

DON CARLOS

Sí.

DON ÁLVARO

Que extrañe perdonad,

que un hombre de calidad,

cuál vuestro esfuerzo demuestra,

entrara en tal gazapón,

donde sólo va la hez,

la canalla más soez,

de la milicia borrón.

DON CARLOS

Sólo el ser recién llegado

puede, señor, disculparme;

vinieron a convidarme,

y accedí deslumbrado.

DON ÁLVARO

¿Con qué ha poco estáis aquí?

DON CARLOS

Diez días ha que llegué

a Italia; dos sólo que

al cuartel general fui.

Y esta tarde al campamento

con comisión especial

llegué de mi general,

para el reconocimiento

de mañana. Y si no fuera

por vuestra espada y favor,

mi carrera sin honor

ya estuviera terminada.

Mi gratitud sepa, pues,

a quién la vida he debido,

porque el ser agradecido

la obligación mayor es

para el hombre bien nacido.

DON ÁLVARO

(Con indiferencia.)

Al acaso.

DON CARLOS

(Con expresión.)

Que me deis

vuestro nombre a suplicaros

me atrevo. Y para obligaros,

primero el mío sabréis.

Siento no decir verdad:

(Aparte.)
Soy don Félix de Avendaña,
que he venido a esta campaña
sólo por curiosidad.

Soy teniente coronel,
y del general Briones
ayudante: relaciones
tengo de sangre con él.

DON ÁLVARO

(Aparte.)

¡Qué franco es y qué expresivo!

¡Me cautiva el corazón!

DON CARLOS

Me parece que es razón
que sepa yo por quién vivo,
pues la gratitud es ley.

DON ÁLVARO

Soy... don Fadrique de Herreros,
capitán de granaderos
del regimiento del Rey.

DON CARLOS

(Con grande admiración y entusiasmo.)

¿Sois... -¡grande dicha es la mía!

del ejército español

la gloria, el radiante sol

de la hispana valentía?

DON ÁLVARO

Señor...

DON CARLOS

Desde que llegué
a Italia, sólo elogiaros
y prez de España llamaros
por donde quiera escuché.

Y de español tan valiente
anhelaba la amistad.

DON ÁLVARO

Con ella, señor, contad,
que me honráis muy altamente.

Y según os he encontrado
contra tantos combatiendo
bizarramente, comprendo
que seréis muy buen soldado.

Y la gran cortesanía
que en vuestro trato mostráis
dice a voces que gozáis
de aventajada hidalguía.

(Empieza a amanecer.)

Venid, pues, a descansar
a mi tienda.

DON CARLOS

Tanto honor
será muy corto, señor,
que el alba empieza a asomar.

(Se oye a lo lejos tocar generala a las bandas de tambores.)

DON ÁLVARO

Y por todo el campamento
de los tambores el son
convoca a la formación.

Me voy a mi regimiento.

DON CARLOS

Yo también, y a vuestro lado
asistiré en la pelea,
donde os admire y os vea
como a mi ejemplo y dechado.

DON ÁLVARO

Favorecedor y amigo,
si sois cual cortés valiente,

yo de vuestro arrojo ardiente
seré envidioso testigo.

(Vanse.)

Escena V

El teatro representa un risueño campo de Italia, al amanecer: se verá a lo lejos el pueblo de Veletri y varios puestos militares; algunos cuerpos de tropas cruzan la escena, y luego sale una compañía de infantería con EL CAPITÁN, EL TENIENTE y EL SUBTENIENTE. DON CARLOS sale a caballo con una ordenanza detrás y coloca la compañía a un lado, avanzando una guerrilla al fondo del teatro.

DON CARLOS.- Señor capitán, permaneceréis aquí hasta nueva orden; pero si los enemigos arrollan las guerrillas, y se dirigen a esta altura donde está la compañía de Cantabria, marchad a socorrerla a todo trance.

CAPITÁN.- Está bien; cumpliré con mi obligación.

(Vase DON CARLOS.)

Escena VI

CAPITÁN.- Granaderos, en su lugar, descanso. Parece que lo entiende este ayudante.

(Salen los oficiales de las filas y se reúnen mirando con un antejo hacia donde suena rumor de fusilería.)

TENIENTE.- Se va galopando al fuego como un energúmeno, y la acción se empeña más y más.

SUBTENIENTE.- Y me parece que ha de ser muy caliente.

CAPITÁN.- (Mirando con el antejo.) Bien combaten los granaderos del Rey.

TENIENTE.- Como que llevan a la cabeza a la prez de España, al valiente don Fadrique de Herreros, que pelea como un desesperado.

SUBTENIENTE.- (Tomando el antejo y mirando con él.) Pues los alemanes cargan a la bayoneta y con brío; adiós, que nos desalojan de aquel puesto.

(Se aumenta el tiroteo.)

CAPITÁN.- (Toma el antejo.) A ver, a ver... ¡Ay! Si no me engaño, el capitán de granaderos del Rey ha caído o muerto o herido; lo veo claro, claro.

TENIENTE.- Yo distingo que se arremolina la compañía... y creo que retrocede.

SOLDADOS.- ¡A ellos, a ellos!

CAPITÁN.- Silencio. Firmes. (Vuelve a mirar con el antejo.) Las guerrillas también retroceden.

SUBTENIENTE.- Uno corre a caballo hacia allá.

CAPITÁN.- Sí, es el ayudante... Está reuniendo la gente y carga... ¡con qué denuedo!... Nuestro es el día.

TENIENTE.- Sí, veo huir a los alemanes.

SOLDADOS.- ¡A ellos!

CAPITÁN.- Firmes, granaderos. (Mira con el antejo.) El ayudante ha recobrado el puesto, la compañía del Rey carga a la bayoneta y lo arrolla todo.

TENIENTE.- A ver, a ver. (Toma el antejo y mira.) Sí, cierto. Y el ayudante se apea del caballo y retira en sus brazos al capitán don Fadrique. No debe de estar más que herido; se lo llevan hacia Veletri.

TODOS.- Dios nos le conserve, que es la flor del ejército.

CAPITÁN.- Pero por este lado no va tan bien. Teniente, vaya usted a reforzar con la mitad de la compañía de guerrillas que están en esa cañada, que yo voy a acercarme a la compañía de Cantabria; vamos, vamos.

SOLDADOS.- ¡Viva España! ¡Viva España! ¡Viva Nápoles!

(Marchan.)

Escena VII

El teatro representa el alojamiento de un oficial superior; al frente estará la puerta de la alcoba practicable y con cortinas. Entra DON ÁLVARO herido y desmayado en una camilla llevada por cuatro granaderos. EL CIRUJANO, a un lado, y DON CARLOS, a otro, lleno de polvo y como muy cansado; un soldado traerá la maleta de DON ÁLVARO y la pondrá sobre una mesa; colocarán la camilla en medio de la escena, mientras los granaderos entran en la alcoba a hacer la cama.

DON CARLOS

Con mucho, mucho cuidado,
dejadle aquí, y al momento
entrad a arreglar mi cama.

(Vanse a la alcoba dos de los soldados y quedan otros dos.)

CIRUJANO

Y que haya mucho silencio.

DON ÁLVARO

(Volviendo en sí.)

¿Dónde estoy? ¿Dónde?

DON CARLOS

(Con mucho cariño.)

En Veletri,

a mi lado, amigo excelso.

Nuestra ha sido la victoria,

tranquilo estad.

DON ÁLVARO

¡Dios eterno!

Con salvarme de la muerte,

¡qué gran daño me habéis hecho!

DON CARLOS

No digáis tal, don Fadrique,

cuando tan vano me encuentro

de que salvaros la vida

me haya concedido el cielo.

DON ÁLVARO

¡Ay don Félix de Avendaña,

qué grande mal me habéis hecho!

(Se desmaya.)

CIRUJANO

Otra vez se ha desmayado;

agua y vinagre.

DON CARLOS

(A uno de los soldados.)

Al momento

(Al CIRUJANO.)

¿Está de mucho peligro?

CIRUJANO

Este balazo del pecho,

en donde aún tiene la bala,

me da muchísimo miedo;

lo que es las otras heridas

no presentan tanto riesgo.

DON CARLOS

(Con gran vehemencia.)

Salvad su vida, salvadle;

apurad todos los medios

del arte, y os aseguro

tal galardón...

CIRUJANO

Lo agradezco:

para cumplir con mi oficio

no necesito de cebo,

que en salvar a este valiente

interés muy grande tengo.

(Entra el soldado con un vaso de agua y vinagre. EL CIRUJANO le rocía el rostro, y le aplica un pomito a las narices.)

DON ÁLVARO

(Vuelve en sí.)

¡Ay!

DON CARLOS

Ánimo, noble amigo,

cobrad ánimo y aliento;

pronto, muy pronto curado

y restablecido y bueno

volveréis a ser la gloria,

el norte de los guerreros.

Y a nuestras altas hazañas

el rey dará todo el premio

que merece. Sí, muy pronto,

lozano otra vez, cubierto

de palmas inmarchitables

y de laureles eternos,

con una rica encomienda

se adornará vuestro pecho

de Santiago o Calatrava.

DON ÁLVARO

(Muy agitado.)

¿Qué escucho? ¿Qué? ¡Santo cielo!

¡Ah!... no, no de Calatrava:

jamás, jamás... ¡Dios eterno!

CIRUJANO

Ya otra vez se desmayó;

sin quietud y sin silencio

no habrá forma de curarlo.

Que no le habléis más os ruego.

(A DON CARLOS. Vuelve a darle agua y a aplicarle el pomito a las narices.)

DON CARLOS

(Suspenso aparte.)

El nombre de Calatrava,

¿qué tendrá?, ¿qué tendrá... tiemblo,

de terrible a sus oídos?

CIRUJANO

No puedo esperar más tiempo.

¿Aún no está lista la cama?

DON CARLOS

(Mirando a la alcoba.)

Ya lo está.

(Salen los dos soldados.)

CIRUJANO

(A los cuatro soldados.)

Llevalde luego.

DON ÁLVARO

(Volviendo en sí.)

¡Ay de mí!

CIRUJANO

Llevalde.

DON ÁLVARO

(Haciendo esfuerzos.)

Esperen.

Poco, por lo que en mí siento,

me queda ya de este mundo,

y en el otro pensar debo.

Mas antes de desprenderme

de la vida, de un gran peso

quiero descargarme. Amigo.

(A DON CARLOS.)

un favor tan sólo anhelo

CIRUJANO

Si habláis, señor, no es posible...

DON ÁLVARO

No volver a hablar prometo.
Pero sólo una palabra,
y a él solo, que decir tengo.

DON CARLOS

(Al CIRUJANO y soldados.)

Apartad, démosle gusto;
dejadnos por un momento.

(Se retira el CIRUJANO y los asistentes a un lado.)

DON ÁLVARO

Don Félix, vos solo, solo,

(Dale la mano.)

cumpliréis con lo que quiero
de vos exigir. Juradme
por la fe de caballero
que haréis cuanto aquí os encargue,
con inviolable secreto.

DON CARLOS

Yo os lo juro, amigo mío;
acabad, pues.

(Hace un esfuerzo DON ÁLVARO como para meter la mano en
el bolsillo y no puede.)

DON ÁLVARO

¡Ah..., no puedo!

Meted en este bolsillo,
que tengo aquí al lado izquierdo
sobre el corazón, la mano.

(Lo hace DON CARLOS.)

¿Halláis algo en él?

DON CARLOS

Sí, encuentro

una llavecita...

DON ÁLVARO

Es ésa.

(Saca DON CARLOS la llave.)

Con ella abrid, yo os lo ruego,
a solas y sin testigos,
una caja que en el centro
hallaréis de mi maleta.

En ella, con sobre y sello,
un legajo hay de papeles;
custodiarlos con esmero,
y al momento que yo expire
los daréis, amigo al fuego.

DON CARLOS

¿Sin abrirlos?

DON ÁLVARO

(Muy agitado.)

Sin abrirlos,

que en ellos hay un misterio
impenetrable... ¿Palabra
me dais, don Félix, de hacerlo?

DON CARLOS

Yo os la doy con todo el alma.

DON ÁLVARO

Entonces, tranquilo muero.

Dadme el postrimer abrazo,

y ¡adiós, adiós!

CIRUJANO

(Enfadado.)

Al momento

a la alcoba. Y vos, don Félix,
si es que tenéis tanto empeño
en que su vida se salve,
haced que guarde silencio,
y excusad también que os vea,
pues se conmueve en extremo.

(Llévanse los soldados la camilla; entra también el CIRUJANO, y
DON CARLOS queda pensativo y lloroso.)

Escena VIII

DON CARLOS

¿Ha de morir...-¡qué rigor!
tan bizarro militar?

Si no lo puedo salvar
será eterno mi dolor,
puesto que él me salvó a mí.
Y desde el momento aquel
que guardó mi vida él,
guardar la suya ofrecí.

(Pausa.)

Nunca vi tanta destreza
en las armas, y jamás
otra persona de más
arrogancia y gentileza.
Pero es hombre singular,
y en el corto tiempo que
le trato rasgos noté
que son dignos de extrañar.

(Pausa.)

¿Y de Calatrava el nombre
por qué así le horrorizó
cuando pronunciarlo oyó?...

¿Qué hallará en él que le asombre?

¿Sabrá que está deshonrado!...

Será un hidalgo andaluz...

¡Cielos!...¿Qué rayo de luz
sobre mí habéis derramado
en este momento!...Sí.

¿Podrá ser éste el traidor,
de mi sangre deshonora,
el que a buscar vine aquí.

(Furioso y empuñando la espada.)

¿Y aún respira?... No, ahora mismo
a mis manos...

(Corre hacia la alcoba y se detiene.)

¿Dónde estoy?...

¿Ciego a despeñarme voy
de la infamia en el abismo?

¿A quien mi vida salvó,
y que moribundo está,
matar inerme podrá
un caballero cual yo?

(Pausa.)

¿No puede falsa salir
mi sospecha?... Sí... ¿Quién sabe?...

Pero, ¡cielos!, esta llave
todo me lo va a decir.

(Se acerca a la maleta, la abre precipitado, y saca la caja
poniéndola sobre la mesa.)

Salid, caja misteriosa,
del destino urna fatal,
a quien con sudor mortal
toca mi mano medrosa;
me impide abrirte el temblor
que me causa el recelar
que en tu centro voy hallar
los pedazos de mi honor.

(Resuelto y abriendo.)

Mas no, que en ti mi esperanza,
la luz, que me da el destino,
está para hallar camino
que me lleve a la venganza.

(Abre y saca un legajo sellado.)
Ya el legajo tengo aquí.
¿Qué tarde el sello en romper?...
(Se contiene.)
¡Oh cielos! ¿Qué voy a hacer?
¿Y la palabra que di?
Mas si la suerte me da
tan inesperado medio
de dar a mi honor remedio,
el perderlo ¿qué será?
Si a Italia sólo he venido
a buscar al matador
de mi padre y de mi honor,
con nombre y porte fingido,
¿qué importa que el pliego abra,
si lo que vine a buscar
a Italia, voy a encontrar?...
Pero, no; di mi palabra.
Nadie, nadie aquí lo ve...
¡Cielos, lo estoy viendo yo!
Mas si él mi vida salvó,
también la suya salvé.
Y si es el infame indiano,
el seductor asesino,
¿no es bueno cualquier camino
por donde venga a mi mano?
Rompo esta cubierta, sí,
pues nadie lo ha de saber...
Mas, ¡cielos!, ¿qué voy a hacer?
¿Y la palabra que di?
(Suelta el legajo.)
No, jamás. ¡Cuán fácilmente
nos pinta nuestra pasión
una infame y vil acción
como acción indiferente!
A Italia vine anhelando
mi honor manchado lavar.
¿Y mi empresa he de empezar
el honor amancillando?
Queda, ¡oh secreto!, escondido,
si en este legajo estás,
que un medio infame, jamás
lo usa el hombre bien nacido.
(Registrando la maleta.)
Si encontrar aquí pudiera
algún otro abierto indicio
que, sin hacer perjuicio
a mi opinión, me advirtiera...
(Sorprendido.)
¡Cielos!... Lo hay... Esta cajilla,
(Saca una cajita como de retrato.)
que algún retrato contiene.
(Reconociéndola.)
Ni sello ni sobre tiene,
tiene sólo una aldabilla.
Hasta sin ser indiscreto
reconocerla me es dado;
nada de ella me han hablado,
ni rompo ningún secreto.
Ábrola, pues, en buen hora,
aunque un basilisco vea,
aunque para el mundo sea
caja fatal de Pandora.
(La abre, y exclama muy agitado.)
¡Cielos!.. No... no me engañé,
esta es mi hermana Leonor...
¿Para qué prueba mayor?...

Con la más clara encontré.
Ya está todo averiguado:
Don Álvaro es el herido.
Brújula el retrato ha sido
que mi norte me ha marcado.
¿Y a la infame... -me atribulo-,
con él en Italia tiene?...
Descubrirlo me conviene
con astucia y disimulo.
¡Cuán feliz será mi suerte
si la venganza y castigo
sólo de un golpe consigo,
a los dos dando la muerte!...
Mas... ¡ah!..., no me precipite
mi honra, cielos, ofendida.
Guardad a este hombre la vida
para que yo se la quite.
(Vuelve a colocar los papeles y el retrato en la maleta. Se oye
ruido, y queda suspenso.)

Escena IX

EL CIRUJANO, que sale muy contento

CIRUJANO
Albricias pediros quiero;
ya le he sacado la bala,
(Se la enseña.)
y no es la herida tan mala
cual me pareció primero.
DON CARLOS
(Le abraza fuera de sí.)
¿De veras?... Feliz me hacéis;
por ver bueno al capitán,
tengo, amigo, más afán
del que imaginar podéis.

FIN DE LA JORNADA TERCERA

Jornada cuarta

La escena es en Veletri

Escena I

El teatro representa una sala corta, de alojamiento militar.

DON ÁLVARO y DON CARLOS

DON CARLOS
Hoy que vuestra cuarentena
dichosamente cumplís,
¿de salud cómo os sentís?
¿Es completamente buena?...
¿Reliquia alguna notáis
de haber tanto padecido?
¿Del todo restablecido,
y listo y fuerte os halláis?
DON ÁLVARO
Estoy como si tal cosa;
nunca tuve más salud,
y a vuestra solicitud
debo mi cura asombrosa.
Sois excelente enfermero;
ni una madre por un hijo
muestra un afán más prolijo,
tan gran cuidado y esmero.

DON CARLOS

En extremo interesante
me era la vida salvaros.

DON ÁLVARO

¿Y con qué, amigo, pagaros
podré interés semejante?
Y aunque gran mal me habéis hecho
en salvar mi amarga vida,
será eterna y sin medida
la gratitud de mi pecho.

DON CARLOS

¿Y estáis tan repuesto y fuerte,
que sin ventaja pudiera
un enemigo cualquiera...?

DON ÁLVARO

Estoy, amigo, de suerte
que en casa del coronel
he estado ya a presentarme,
y de alta acabo de darme
ahora mismo en el cuartel.

DON CARLOS

¿De veras?

DON ÁLVARO

¿Os enojáis
porque ayer no os dije acaso
que iba hoy a dar este paso?
Como tanto me cuidáis,
que os opusierais temí,
y estando sano, en verdad,
vivir en la ociosidad
no era honroso para mí.

DON CARLOS

¿Conque ya no os duele nada,
ni hay asomo de flaqueza
en el pecho, en la cabeza,
ni en el brazo de la espada?

DON ÁLVARO

No... Pero parece que
algo, amigo, os atormenta

y que acaso os descontenta
el que yo tan bueno esté.

DON CARLOS

¡Al contrario!... Al veros bueno,
capaz de entrar en acción,
palpita mi corazón
del placer más alto lleno.
Solamente no quisiera
que os engañara el valor,
y que el personal vigor
en una ocasión cualquiera...

DON ÁLVARO

¿Queréis pruebas?

DON CARLOS

(Con vehemencia.)

Las deseo.

DON ÁLVARO

A la descubierta vamos
de mañana, y enredamos
un rato de tiroteo.

DON CARLOS

La prueba se puede hacer,
pues que estáis fuerte, sin ir
tan lejos a combatir,
que no hay tiempo que perder.

DON ÁLVARO

(Confuso.)

No os entiendo...

DON CARLOS

¿No tendréis,
sin ir a los imperiales,
enemigos personales
con quien probaros podréis?

DON ÁLVARO

¿A quién le faltan? Mas no
lo que me decís comprendo.

DON CARLOS

Os lo está a voces diciendo
más la conciencia que yo.
Disimular fuera vano...

Vuestra turbación es harta...

¿Habéis recibido carta
de don Álvaro el indiano?

DON ÁLVARO

(Fuera de sí.)

¡Ah traidor!... ¡Ah fementido!...

Violaste, infame, un secreto,
que yo, débil, yo, indiscreto,
moribundo..., inadvertido...

DON CARLOS

¿Qué osáis pensar?... Respeté
vuestros papeles sellados,
que los que nacen honrados
se portan cual me porté.

El retrato de la infame
vuestra cómplice, os perdió,
y sin lengua me pidió
que el suyo y mi honor reclame.

Don Carlos de Vargas soy,
que por vuestro crimen es
de Calatrava marqués.
Temblad, que ante vos estoy.

DON ÁLVARO

No sé temblar... Sorprendido,
sí, me tenéis...

DON CARLOS

No lo extraño.

DON ÁLVARO

Y usurpar con un engaño
mi amistad, ¿honrado ha sido?

¡Señor marqués!...

DON CARLOS

De esta suerte
no me permito llamar,
que sólo he de titular
después de daros la muerte.

DON ÁLVARO

Aconteceros pudiera
sin el título morir.

DON CARLOS

Vamos pronto a combatir,
quedemos o dentro o fuera.
Vamos donde mi furor...

DON ÁLVARO

Vamos, pues, señor don Carlos,
que si nunca fue a buscarlos,
no evito los lances de honor.
Mas esperad, que en el alma
del que goza de hidalguía,
no es furia la valentía,
y ésta obra siempre con calma.

Sabéis que busco la muerte,
que los riesgos solicito,
pero con vos necesito

comportarme de otra suerte,
y explicaros...

DON CARLOS

Es perder
tiempo toda explicación.

DON ÁLVARO

No os neguéis a la razón,
que suele funesto ser.
Pues trataron las estrellas
por raros modos de hacernos
amigos, ¿a qué oponernos
a lo que buscaron ellas?
Si nos quisieron unir
de mutuos y altos servicios
con los vínculos propicios,
no fue, no, para reñir.

Tal vez fue para enmendar
la desgracia inevitable,
de que no fui yo culpable.

DON CARLOS

¿Y me la osáis recordar?

DON ÁLVARO

¿Teméis que vuestro valor
se disminuya y se asombre
si halla en su contrario un hombre
de nobleza y pundonor?

DON CARLOS

¡Nobleza un aventurero!
¡Honor un desconocido!
¡Sin padre, sin apellido,
advenedizo, altanero!

DON ÁLVARO

¡Ay, que ese error a la muerte,
por más que lo evite yo,
a vuestro padre arrastró!...
No corráis la misma suerte.

Y que infundados agravios
e insultos no ofenden, muestra
el que está ociosa mi diestra
sin arrancaros los labios.

Si un secreto misterioso
romper hubiera podido,
¡oh..., cuán diferente sido...!

DON CARLOS

Guardadlo, no soy curioso;
que sólo anhelo venganza
y sangre.

DON ÁLVARO

¿Sangre?... La habrá.

DON CARLOS

Salgamos al campo ya.

DON ÁLVARO

Salgamos sin más tardanza.
(Deteniéndose.)

Mas, don Carlos... ¡Ah! ¿Podréis
sospecharme con razón
de falta de corazón?

No, no, que me conocéis.

Si el orgullo, principal
y tan poderoso agente
en las acciones del ente,
que se dice racional,
satisfecho tengo ahora,
esfuerzos no he de omitir,
hasta aplacar conseguir
ese furor que os devora.
Pues mucho repugno yo

el desnudar el acero
con el hombre que primero,
dulce amistad me inspiró.
Yo a vuestro padre no herí;
le hirió sólo su destino.

Y yo, a aquel ángel divino,
ni seduje, ni perdí.
Ambos nos están mirando
desde el cielo; mi inocencia
ven, esa ciega demencia
que os agita condenando.

DON CARLOS

(Turbado.)

¿Pues qué?... ¿Mi hermana?... ¿Leonor?...
(Que con vos aquí no está
lo tengo aclarado ya.)

Mas ¿cuándo ha muerto?... ¡Oh furor!

DON ÁLVARO

Aquella noche terrible,
llevándola yo a un convento,
exánime y sin aliento,
se trabó un combate horrible
al salir del olivar
entre mis fieles criados
y los vuestros, irritados,
y no la pude salvar.

Con tres heridas caí,
y un negro de puro fiel
(fidelidad bien cruel)
veloz me arrancó de allí,
falto de sangre y sentido;
tuvo en Gelves larga cura,
con accesos de locura,
y apenas restablecido,
ansioso empecé a indagar
de mi único bien la suerte;
y supe, ¡ay Dios!, que la muerte
en el oscuro olivar...

DON CARLOS

(Resuelto.)

¡Basta, imprudente impostor!
¿Y os precias de caballero?...

¿Con embrollo tan grosero
queréis calmar mi furor?

Deponed tan necio engaño:
después del funesto día,
en Córdoba, con su tía,
mi hermana ha vivido un año.

Dos meses ha que fui yo
a buscarla, y no la hallé,
pero de cierto indagué
que al verme llegar huyó.

Y el perseguirla he dejado,
porque sabiendo yo allí
que vos estabais aquí,
me llamó mayor cuidado.

DON ÁLVARO

(Muy conmovido.)

¡Don Carlos!... ¡Señor!... ¡Amigo!...

¡Don Félix!... ¡Ah, tolerad
que el nombre que en amistad
tan tierno os unió conmigo
use en esta situación!

Don Félix, soy inocente;
bien lo podéis ver patente
en mi nueva agitación.

¡Don Félix!... ¡Don Félix!... ¡Ah!...

¿Vive?... ¿Vive?... ¡Oh, justo Dios!
 DON CARLOS
 Vive. ¿Y qué os importa a vos?
 Muy pronto no vivirá.
 DON ÁLVARO
 Don Félix, mi amigo, sí.
 Pues que vive vuestra hermana,
 la satisfacción es llana
 que debéis tomar de mí.
 A buscarla juntos vamos;
 muy pronto la encontraremos,
 y en santo nudo estrechemos
 la amistad que nos juramos.
 ¡Oh!... Yo os ofrezco, yo os juro
 que no os arrepentiréis
 cuando a conocer lleguéis
 mi origen excelso y puro.
 Al primer grande español
 no le cedo en jerarquía,
 en más alta mi hidalguía
 que el trono del mismo sol.
 DON CARLOS
 ¿Estáis, don Álvaro, loco?
 ¿Qué es lo que pensar osáis?
 ¿Qué proyectos abrigáis?
 ¿Me tenéis a mí en tan poco?
 Ruge entre los dos un mar
 de sangre... ¿Yo al matador
 de mi padre y de mi honor
 pudiera hermano llamar?
 ¡Oh, afrenta! ¡Aunque fuerais rey!
 Ni la infame ha de vivir.
 No, tras de vos va a morir,
 que es de mi venganza ley.
 Si a mí vos no me matáis,
 al punto la buscaré,
 y la misma espada que
 con vuestra sangre tiñáis,
 en su corazón...
 DON ÁLVARO
 Callad,
 callad... ¿Delante de mí
 osasteis?...
 DON CARLOS
 Lo juro, sí;
 lo juro...
 DON ÁLVARO
 ¿El qué?... Continúa.
 DON ÁLVARO
 La muerte de la malvada,
 en cuanto acabe con vos.
 DON ÁLVARO
 Pues no será, ¡vive Dios!
 que tengo brazo y espada.
 Vamos... Libertarla anhelo
 de su verdugo. Salid.
 DON CARLOS
 A vuestra tumba venid.
 DON ÁLVARO
 Demandad perdón al cielo.

Escena II

El teatro representa la plaza principal de Veletri; a un lado y otro se ven tiendas y cafés; en medio, puestos de frutas y verduras; al fondo, la guardia del principal, y el centinela paseándose delante del armero; los oficiales en grupos a una parte y otra, y la gente

del pueblo cruzando en todas direcciones. EL TENIENTE, EL SUBTENIENTE y PEDRAZA se reunirán a un lado de la escena, mientras los OFICIALES 1.º, 2.º, 3.º y 4.º hablan entre sí, después de leer un edicto que está fijado en una esquina, y que llama la atención de todos.

OFICIAL 1.º.- El rey Carlos de Nápoles no se chancea; pena de muerte nada menos.

OFICIAL 2.º.- ¿Cómo pena de muerte?

OFICIAL 3.º.- Hablamos de la ley que se acaba de publicar, y que allí está para que nadie la ignore, sobre desafíos.

OFICIAL 2.º.- Ya; ciertamente es un poco dura.

OFICIAL 3.º.- Yo no sé cómo un rey tan valiente y tan joven puede ser tan severo contra los lances de honor.

OFICIAL 1.º.- Amigo, es que cada uno arrima el ascua a su sardina, y como siempre los desafíos suelen ser entre españoles y napolitanos, y éstos llevan lo peor, el rey que al cabo es rey de Nápoles...

OFICIAL 2.º.- No, ésas son fanfarronadas, pues hasta ahora no han llevado siempre lo peor los napolitanos; acordaos del mayor Cariciolo, que despabiló a dos oficiales.

TODOS.- Eso fue una casualidad.

OFICIAL 1.º.- Lo cierto es que la ley es dura: pena de muerte por batirse, pena de muerte por ser padrino, pena de muerte por llevar cartas; qué sé yo. Pues el primero que caiga...

OFICIAL 2.º.- No, no es tan rigurosa.

OFICIAL 1.º.- ¿Cómo no? Vean ustedes. Leamos otra vez. (Se acercan a leer el edicto y se adelantan en la escena los otros.)

SUBTENIENTE.- ¡Hermoso día!

TENIENTE.- Hermosísimo. Pero pica mucho el sol.

PEDRAZA.- Buen tiempo para hacer la guerra.

TENIENTE.- Mejor es para los heridos convalecientes. Yo me siento hoy enteramente bueno de mi brazo.

SUBTENIENTE.- También parece que el valiente capitán de granaderos del rey está enteramente restablecido. ¡Bien pronto se ha curado!

PEDRAZA.- ¿Se ha dado ya de alta?

TENIENTE.- Sí, esta mañana. Está como si tal cosa; un poco pálido pero fuerte. Hace un rato que lo encontré; iba como hacia la Alameda a dar un paseo con su amigote el ayudante don Félix de Avendaña.

SUBTENIENTE.- Bien puede estarle agradecido; pues, además de haberlo sacado del campo de batalla, le ha salvado la vida con su prolija y esmerada asistencia.

TENIENTE.- También puede dar gracias a la habilidad del doctor Pérez, que se ha acreditado de ser el mejor cirujano del ejército.

SUBTENIENTE.- Y no lo perderá; pues, según dicen, el ayudante, que es muy rico y generoso, le va a hacer un gran regalo.

PEDRAZA.- Bien puede; pues, según me ha dicho un sargento de mi compañía, andaluz, el tal don Félix está aquí con nombre supuesto, y es un marqués riquísimo de Sevilla.

TODOS.- ¿De veras?

(Se oye ruido; se arremolinan todos mirando hacia el mismo lado.)

TENIENTE.- ¡Hola! ¿Qué alboroto es aquél?

SUBTENIENTE.- Veamos... Sin duda, algún preso. Pero, ¡Dios mío!, ¿qué veo?

PEDRAZA.- ¿Qué es aquello?

TENIENTE.- ¿Estoy soñando?... ¿No es el capitán de granaderos del rey el que traen preso?

TODOS.- No hay duda, es el valiente don Fadrique.

(Se agrupan todos sobre el primer bastidor de la derecha, por donde sale el capitán preboste y cuatro granaderos, y en medio de ellos preso sin espada ni sombrero, DON ÁLVARO; y

atravesando la escena, seguidos por la multitud, entran en el cuerpo de guardia que está al fondo; mientras tanto, se desembaraza el teatro. Todos vuelven a la escena, menos

PEDRAZA, que entra en el cuerpo de guardia.)

TENIENTE.- Pero, señor, ¿qué será esto? ¿Preso el militar más valiente, más exacto que tiene el ejército?

SUBTENIENTE.- Ciertamente es cosa muy rara.

TENIENTE.- Vamos a averiguar...

SUBTENIENTE.- Ya viene aquí Pedraza, que sale del cuerpo de guardia, y sabrá algo. Hola, Pedraza, ¿qué ha sido?

PEDRAZA.- (Señalando al edicto, y se reúne más gente a los cuatro oficiales.) Muy mala causa tiene. Desafío... El primero que quebranta la ley: desafío y muerte.

TODOS.- ¡Cómo! ¿Y con quién?

PEDRAZA.- ¡Caso extrañísimo! El desafío ha sido con el teniente coronel Avendaña.

TODOS.- ¡Imposible!... ¡Con su amigo!

PEDRAZA.- Muerto le deja de una estocada detrás del cuartel.

TODOS.- ¡Muerto!

PEDRAZA.- Muerto.

OFICIAL 1º.- Me alegro, que era un botarate.

OFICIAL 2º.- Un insultante.

TENIENTE.- ¡Pues señores, la ha hecho buena! Mucho me temo que va a estrenar aquella ley.

TODOS.- ¡Qué horror!

SUBTENIENTE.- Será una atrocidad. Debe haber alguna excepción a favor de oficial tan valiente y benemérito.

PEDRAZA.- Sí, ¡ya está fresco!

TENIENTE.- El capitán Herreros es, con razón, el ídolo del ejército. Y yo creo, que el general y el coronel, y los jefes todos, tanto españoles como napolitanos, hablarán al rey... y tal vez...

SUBTENIENTE.- El rey Carlos es tan testarudo... y como este es el primer caso que ocurre, el mismo día que se ha publicado la ley... No hay esperanza. Esta noche misma se juntará el consejo de guerra, y antes de tres días le arcabucean... Pero, ¿sobre qué habrá sido el lance?

PEDRAZA.- Yo no sé, nada me han dicho. Lo que es el capitán tiene malas pulgas, y su amigote era un poco caliente de lengua.

OFICIALES 1º. y 4º.- Era un charlatán, un fanfarrón.

SUBTENIENTE.- En el café han entrado algunos oficiales del regimiento del Rey, sabrán sin duda todo el lance; vamos a hablar con ellos.

TODOS.- Sí, vamos.

Escena III

El teatro representa el cuarto de un oficial de guardia; se verá a un lado el tabladillo y el colchón, y en medio habrá una mesa y sillas de paja. Entran en la escena DON ÁLVARO y EL CAPITÁN.

CAPITÁN

Como la mayor desgracia juzgo, amigo y compañero, el estar hoy de servicio para ser alcaide vuestro. Resignación, don Fadrique, tomad una silla os ruego. (Se sienta DON ÁLVARO.) Y mientras yo esté de guardia no miréis este aposento como prisión... Mas es fuerza, pues orden precisa tengo, que dos centinelas ponga de vista...

DON ÁLVARO

Yo os agradezco, señor, tal cortesanía.

Cumplid, cumplid al momento con lo que os tienen mandado, y los centinelas luego poned... Aunque más seguro que de hombres y armas en medio, está el oficial de honor bajo su palabra... ¡Oh cielos!

(Coloca el capitán dos centinelas; un soldado entra luces, y se sientan EL CAPITÁN y DON ÁLVARO junto a la mesa.)

Y en Veletri, ¿qué se dice?

¿Mil necedades diversas se esparcirán, procurando explicar mi suerte adversa?

CAPITÁN

En Veletri, ciertamente, no se habla de otra materia. Y aunque de aquí separarme no puedo, como está llena toda la plaza de gente, que gran interés demuestra por vos, a algunos he hablado...

DON ÁLVARO

Y bien, ¿qué dicen? ¿Qué piensan?

CAPITÁN

La amistad íntima todos, que os enlazaba, recuerdan, con don Félix... Y las causas que la hicieron tan estrecha, y todos dicen...

DON ÁLVARO

Entiendo.

Que soy un monstruo, una fiera, que a la obligación más santa he faltado. Que mi ciega furia ha dado muerte a un hombre, a cuyo arrojo y nobleza debí la vida en el campo, y a cuya nimia asistencia y esmero debí mi cura, dentro de su casa misma.

Al que como tierno hermano...

¡Como hermano!... ¡Suerte horrenda!

¿Cómo hermano?... ¡Debió serlo!

Yace convertido en tierra

por no serlo... ¡Y yo respiro!

¿Y aún el suelo me sustenta?

¡Ay! ¡Ay de mí!

(Se da una palmada en la frente, y queda en la mayor agitación.)

CAPITÁN

Perdonadme si con mis noticias necias...

DON ÁLVARO

Yo lo amaba... ¡Ah cuál me aprieta el corazón una mano de hierro ardiente! La fuerza me falta... ¡Oh Dios! ¡Qué bizarro, con qué noble gentileza, entre un diluvio de balas se arrojó, viéndome en tierra, a salvarme de la muerte! ¡Con cuánto afán y ternera pasó las noches y días sentado a mi cabecera! (Pausa.)

CAPITÁN

Anuló sin duda tales
servicios con un agravio.
Diz que era un poco altanero,
picajoso, temerario,
y un hombre cual vos...

DON ÁLVARO

No, amigo;
cuanto de él se diga es falso.
Era un digno caballero,
de pensamientos muy altos.
Retóme con razón harta,
y yo también le he matado
con razón. Sí, si aún viviera,
fuéramos de nuevo al campo;
él a procurar mi muerte,
yo a esforzarme por matarlo.
O él o yo sólo en el mundo,
pero imposible en él ambos.

CAPITÁN

Calmaos, señor don Fadrique;
aún no estáis del todo bueno
de vuestras nobles heridas,
y que os pongáis malo temo.

DON ÁLVARO

¿Por qué no quedé en el campo
de batalla como bueno?
Con honra, acabado hubiera,
y ahora, ¡oh Dios!, la muerte anhelo,
y la tendré... pero ¿cómo?
En un patíbulo horrendo,
por infractor de las leyes,
de horror o de burla objeto.

CAPITÁN

¿Qué decís?... No hemos llegado,
señor, a tan duro extremo;
aún puede haber circunstancias
que justifiquen el duelo,
y entonces...

DON ÁLVARO

No, no hay ninguna.
Soy homicida, soy reo.

CAPITÁN

Mas, según tengo entendido
(ahora de mi regimiento
me lo ha dicho el ayudante),
los generales, de acuerdo
con todos los coroneles,
han ido sin perder tiempo
a echarse a los pies del rey,
que es benigno, aunque severo,
para pedirle...

DON ÁLVARO

(Conmovido.)

¿De veras?

Con el alma lo agradezco,
y el interés de los jefes
me honra y me confunde a un tiempo.
Pero ¿por qué han de empeñarse
militares tan excelsos,
en que una excepción se haga
a mi favor de un decreto
sabio, de una ley tan justa,
a que yo falté el primero?
Sirva mi pronto castigo
para saludable ejemplo.
¡Muerte, es mi destino, muerte.

Porque la muerte merezco,
porque es para mí la vida
aborrecible tormento!
Mas, ¡ay de mí sin ventura!,
¿cuál es la muerte que espero?
La del criminal, sin honra,
¡en un patíbulo!... ¡Cielos!

(Se oye un redoble.)

Escena IV

Los mismos y EL SARGENTO

SARGENTO

Mi capitán...

CAPITÁN

¿Qué se ofrece?

SARGENTO

El mayor...

CAPITÁN

Voy al momento.

(Vase.)

Escena V

DON ÁLVARO

¡Leonor! ¡Leonor! Si existes, desdichada,
¡oh qué golpe te espera,
cuando la nueva fiera
te llegue adonde vives retirada,
de que la misma mano,
la mano, ¡ay triste!, mía,
que te privó de tu padre y de alegría,
¡acaba de privarte de un hermano!
No; te ha librado, sí, de un enemigo,
de un verdugo feroz, que por castigo
de que diste en tu pecho
acogida a mi amor, verlo deshecho,
y roto, y palpitante,
preparaba anhelante,
y con su brazo mismo
de su venganza hundirte en el abismo.
¡Respira, sí, respira,
que libre estás de su tremenda ira!
(Pausa.)

¡Ay de mí! Tú vivías,
y yo, lejos de ti, muerte buscaba
y sin remedio las desgracias mías
despechado juzgaba;
mas tú vives, ¡mi cielo!
y aún aguardo un instante de consuelo.
¿Y qué espero? ¡Infeliz! De sangre un río
que yo no derramé, serpenteaba
entre los dos; mas ahora el brazo mío
en mar inmenso de tomarlo acaba.
¡Hora de maldición, aciaga hora
fue aquella en que te vi la vez primera
en el soberbio templo de Sevilla,
como un ángel bajado de la esfera,
en donde el trono del Eterno brilla!
¡Qué porvenir dichoso
vio mi imaginación por un momento,
que huyó tan presuroso
como al soplar de repentino viento
las torres de oro, y montes argentinos
y colosos, y fulgidos follajes
que forman los celajes

en otoño a los rayos matutinos!

(Pausa.)

¡Mas en qué espacio vago, en qué regiones fantásticas! ¿Qué espero?

¡Dentro de breves horas, lejos de mundanas afecciones, vanas y engañosas, iré de Dios al tribunal severo!

(Pausa.)

¿Y mis padres?... Mi padres desdichados aún yacen encerrados

en la prisión horrenda de un castillo...

Cuando con mis hazañas y proezas pensaba restaurar su nombre y brillo, y rescatar sus miserables cabezas, no me espera más suerte que, como criminal, infame muerte.

(Queda sumergido en el despecho.)

Escena VI

DON ÁLVARO, EL CAPITÁN

CAPITÁN

¡Hola, amigo y compañero!...

DON ÁLVARO

¿Vais a darme alguna nueva?

¿Para cuándo convocado está el Consejo de guerra?

CAPITÁN

Dicen que esta noche misma debe reunirse a gran prisa...

De hierro, de hierro tiene el rey Carlos la cabeza.

DON ÁLVARO

¡Es un valiente soldado!

¡Es un gran rey!

CAPITÁN

Mas pudiera no ser tan tenaz y duro, pues nadie, nadie lo apea en diciendo no.

DON ÁLVARO

En los reyes, la debilidad es mengua.

CAPITÁN

Los jefes y generales que hoy en Veletri se encuentran han estado en cuerpo a verle y a rogarle suspendiera la ley en favor de un hombre que tantos méritos cuenta...

Y todo sin fruto. Carlos, aun más duro que una peña, ha dicho que no, resuelto, y que la ley se obedezca, mandando que en esta noche falle el Consejo de guerra:

Mas aún quedan esperanzas: puede ser que el fallo sea...

DON ÁLVARO

Según la ley. No hay remedio, injusta otra cosa fuera.

CAPITÁN

Pero ¡qué pena tan dura, tan extraña, tan violenta!...

DON ÁLVARO

La muerte, como cristiano

la sufriré; no me aterra.

Dármela Dios no ha querido con honra y con fama eterna, en el campo de batalla, y me la da con afrenta

en un patíbulo infame...

Humilde la aguardo... Venga.

CAPITÁN

No será acaso... Aún veremos...

Puede que se arme una greasca...

El ejército os adora...

Su agitación es extrema,

y tal vez un alboroto...

DON ÁLVARO

¡Basta! ¿Qué decís? ¿Tal piensa quien de militar blasona?

¿El ejército pudiera

faltar a la disciplina,

ni yo deber mi cabeza

a una rebelión?... No, nunca,

que jamás, jamás suceda

tal desorden por mi causa.

CAPITÁN

¡La ley es atroz, horrenda!

DON ÁLVARO

Yo la tengo por muy justa;

forzoso remediar era

un abuso...

(Se oye un tambor y dos tiros.)

CAPITÁN

¿Qué?

DON ÁLVARO

¿Escuchasteis?

CAPITÁN

El desorden ya comienza.

(Se oye gran ruido; tiros, confusión y cañonazos, que van en aumento hasta el fin del acto.)

Escena VII

Los mismos y EL SARGENTO, que entra muy presuroso

SARGENTO.- ¡Los alemanes! ¡Los enemigos están en Veletri! ¡Estamos sorprendidos!

VOCES DENTRO.- ¡A las armas! ¡A las armas!

(Sale el oficial un instante, se aumenta el ruido, y vuelve con la espada desnuda)

CAPITÁN.- Don Fadrique, escapad; no puedo guardar más vuestra persona; andan los nuestros y los imperiales mezclados por las calles; arde el palacio del rey; hay una confusión espantosa; tomad vuestro partido. ¡Vamos, hijos, a abrirnos paso como valientes, o a morir como españoles!

(Vanse el CAPITÁN, los CENTINELAS y el SARGENTO.)

Escena VIII

DON ÁLVARO

Denme una espada, volaré a la muerte y si es vivir mi suerte,

y no la logro en tanto desconcierto,

yo os hago, eterno Dios, voto profundo

de renunciar al mundo,

y de acabar mi vida en un desierto.

FIN DE LA JORNADA CUARTA

Jornada quinta

La escena es en el convento de los Ángeles y sus alrededores

Escena primera

El teatro representa lo interior del claustro bajo el convento de los Angeles, que debe ser una galería mezquina alrededor de un patiecillo, con naranjos, adelfas y jazmines. A la izquierda se verá la portería, a la derecha, la escalera. Debe de ser decoración corta, para que detrás estén las otras por su orden. Aparecen el PADRE GUARDIÁN paseándose gravemente por el proscenio, y leyendo en su breviario, el HERMANO MELITÓN sin manto, arremangado, y repartiendo con su cucharón, de un gran caldero, la sopa, al VIEJO, al COJO, al MANCO, a la MUJER y al grupo de pobres que estará apiñado en la portería.

HERMANO MELITÓN.- Vamos, silencio y orden, que no están en ningún figón.

MUJER.- Padre, ¡a mí, a mí!

VIEJO.- ¿Cuántas raciones quiere Marica?...

COJO.- Ya le han dado tres, y no es regular...

HERMANO MELITÓN.- Callen y sean humildes, que me duele la cabeza.

MANCO.- Marica ha tomado tres raciones.

MUJER.- Y aún voy a tomar cuatro, que tengo seis chiquillos.

HERMANO MELITÓN.- ¿Y porqué tiene seis chiquillos?... Sea su alma.

MUJER.- Porque me los ha dado Dios.

HERMANO MELITÓN.- Sí... Dios... Dios... No los tendría si se pasara las noches como yo, rezando el Rosario, o dándose disciplina.

PADRE GUARDIÁN.- (Con gravedad.) ¡Hermano Melitón!... ¡Hermano Melitón!... ¡Válgame Dios!

HERMANO MELITÓN.- Padre nuestro, si estos desesperados tienen una fecundidad que asombra.

COJO.- ¡A mí, padre Melitón, que tengo ahí fuera a mi madre baldada!

HERMANO MELITÓN.- ¡Hola!... ¿También ha venido hoy la bruja? Pues no nos falta nada.

PADRE GUARDIÁN.- ¡Hermano Melitón!

MUJER.- Mis cuatro raciones.

MANCO.- ¡A mí antes!

VIEJO.- ¡A mí!

TODOS.- ¡A mí, a mí!...

HERMANO MELITÓN.- Váyanse noramala, y tengan modo... ¿A que les doy con el cucharón?...

PADRE GUARDIÁN.- ¡Caridad, hermano, caridad, que son hijos de Dios!

HERMANO MELITÓN.- (Sofocado.) Tomen, y váyanse...

MUJER.- Cuando nos daba la guiropa el padre Rafael lo hacía con más modo y con más temor de Dios.

HERMANO MELITÓN.- Pues llamen al padre Rafael..., que no los puedo aguantar ni una semana.

VIEJO.- Hermano, ¿me quiere dar otro poco de bazofia?...

HERMANO MELITÓN.- ¡Galopo!... ¿Bazofia llama a la gracia de Dios?...

PADRE GUARDIÁN.- Caridad y paciencia, hermano Melitón; harto trabajo tienen los pobrecitos.

HERMANO MELITÓN.- Quisiera yo ver a vuestra reverendísima lidiar con ellos un día, y otro, y otro.

COJO.- El padre Rafael...

HERMANO MELITÓN.- No me jeringuen con el padre Rafael... y... tomen las arrebañaduras

(Les reparte los restos del caldero, y lo echa a rodar de una patada.)

¡Y a comerlo al sol!

MUJER.- Si el padre Rafael quisiera bajar a decirle los Evangelios a mi niño que tiene sisiones...

HERMANO MELITÓN.- Traígalo mañana, cuando salga a decir misa el padre Rafael.

COJO.- Si el padre Rafael quisiera venir a la villa, a curar a mi compañero, que se ha caído.

HERMANO MELITÓN.- Ahora no es hora de ir a hacer milagros; por la mañanita, por la mañanita con la fresca.

MANCO.- Si el padre Rafael...

HERMANO MELITÓN.- (Fuera de sí.) ¡Ea, ea, fuera! ¡Al sol! ¡Cómo cunde la semilla de los perdidos! ¡Horrio! ¡Afuera!

(Los va echando con el cucharón y cierra la portería, volviendo luego muy sofocado y cansado donde está EL PADRE GUARDIÁN.)

Escena II

EL PADRE GUARDIÁN y EL HERMANO MELITÓN

HERMANO MELITÓN.- No hay paciencia que baste, Padre nuestro...

PADRE GUARDIÁN.- Me parece, hermano Melitón, que no os ha dotado el Señor con gran cantidad de ella. Considere que en dar de comer a los pobres de Dios desempeña un ejercicio de que se honraría un ángel.

HERMANO MELITÓN.- Yo quisiera ver a un ángel en mi lugar siquiera tres días... Puede ser que dé cada guantada...

PADRE GUARDIÁN.- No diga disparates.

HERMANO MELITÓN.- Pues si es verdad. Yo lo hago con mucho gusto, eso es otra cosa. Y bendito sea el Señor, que nos da bastante para que nuestras sobras sirvan de sustento a los pobres. Pero es preciso enseñarles los dientes. Viene entre ellos mucho pillo... Los que están tullidos y viejos vengán enhorabuena, y les daré hasta mi ración, el día que no tenga mucha hambre; pero jastiales, que pueden derribar a puñadas un castillo, váyanse a trabajar. Y hay algunos tan insolentes... Hasta llaman bazofia a la gracia de Dios... Lo mismo que restregarme siempre por los hocicos al padre Rafael; toma si nos daba más, daca si tenía mejor modo, torna si era más caritativo, vuelta si no metía tanta prisa. Pues a fe, a fe, que el bendito padre Rafael a los ocho días se hartó de pobres y de guiropa, y se metió en su celda, y aquí quedó el hermano Melitón. Y, por cierto, no sé por qué esta canalla dice que tengo mal genio. Pues el padre Rafael también tiene su piedra en el rollo, y sus prontos, y sus ratos de murria como cada cual.

PADRE GUARDIÁN.- Basta, hermano, basta. El padre Rafael no podía, teniendo que cuidar el altar, y que asistir al coro, entender en el repartimiento de la limosna, ni éste ha sido nunca encargo de un religioso antiguo, sino incumbencia del portero... ¿Me entiende?... Y, hermano Melitón, tenga más humildad, y no se ofenda cuando prefieran al padre Rafael, que es un siervo de Dios a quien todos debemos imitar.

HERMANO MELITÓN.- Yo no me ofendo de que prefieran al padre Rafael. Lo que digo es que tiene su genio. Y a mí me quiere mucho, padre nuestro, y echamos nuestras manos de conversación. Pero tiene de cuando en cuando unas salidas, y se da unas palmadas en la frente... y habla solo, y hace visajes como si viera algún espíritu.

PADRE GUARDIÁN.- Las penitencias, los ayunos...

HERMANO MELITÓN.- Tiene cosas muy raras. El otro día estaba cavando en la huerta, y tan pálido y tan desemejado, que le dije en broma: «Padre, parece un mulato», y me echó una mirada, y cerró el puño, y aún lo enarboló de modo que parecía

que me iba a tragar. Pero se contuvo, se echó la capucha y desapareció; digo, se marchó de allí a buen paso.

PADRE GUARDIÁN.- Ya.

HERMANO MELITÓN.- Pues el día que fue a Hornachuelos a auxiliar a su alcalde, cuando estaba en toda su furia aquella tormenta en que nos cayó la centella sobre el campanario, al verle yo salir sin cuidarse del aguacero, ni de los truenos que hacían temblar estas montañas, le dije por broma que parecía entre los riscos un indio bravo, y me dio un berrido que me aturrulló... Y como vino al convento de un modo tan raro, y nadie lo viene nunca a ver, ni sabemos dónde nació...

PADRE GUARDIÁN.- Hermano, no haga juicios temerarios. Nada tiene de particular eso, ni el modo con que vino a esta casa el padre Rafael es tan raro como dice. El padre limosnero, que venía de Palma, se lo encontró muy mal herido en los encinares de Escalona, junto al camino de Sevilla, víctima, sin duda, de los salteadores, que nunca faltan en semejante sitio, y lo trajo al convento, donde Dios, sin duda, le inspiró la vocación de tomar nuestro santo escapulario, como lo verificó en cuanto se vio restablecido, y pronto hará cuatro años. Esto no tiene nada de particular.

HERMANO MELITÓN.- Ya, eso sí... Pero, la verdad, siempre que lo miro me acuerdo de aquello que vuestra reverendísima nos ha contado muchas veces, y también se nos ha leído en el refectorio, de cuando se hizo fraile de nuestra Orden el demonio, y que estuvo allá en un convento algunos meses. Y se me ocurre si el padre Rafael será alguna cosa así... pues tiene unos repentes, una fuerza, y un mirar de ojos...

PADRE GUARDIÁN.- Es cierto, hermano mío; así consta de nuestras crónicas y está consignado en nuestros archivos. Pero, además de que rara vez se repiten tales milagros, entonces el Guardián de aquel convento en que ocurrió el prodigio, tuvo una revelación que le previno de todo. Y lo que es yo, hermano mío, no he tenido hasta ahora ninguna. Conque tranquilícese, y no caiga en la tentación de sospechar del padre Rafael.

HERMANO MELITÓN.- Yo nada sospecho.

PADRE GUARDIÁN.- Le aseguro que no he tenido revelación.

HERMANO MELITÓN.- Ya; pues, entonces... Pero tiene muchas rarezas el padre Rafael.

PADRE GUARDIÁN.- Los desengaños del mundo, las tribulaciones... Y luego, el retiro con que vive, las continuas penitencias...

(Suena la campanilla de la portería.)

Vaya a ver quién llama.

HERMANO MELITÓN.- ¿A que son otra vez los pobres? Pues ya está limpio el caldero...

(Suena otra vez la campanilla.)

No hay más limosna; se acabó por hoy, se acabó...

(Suena otra vez la campanilla.)

PADRE GUARDIÁN.- Abra, hermano, abra la puerta.

(Vase.)

(Abre el lego la portería.)

Escena III

EL HERMANO MELITÓN y DON ALFONSO vestido de monje,
que sale embozado

DON ALFONSO

(Con muy mal modo, y sin desembozarse.)

De esperar me he puesto cano.

¿Sois vos, por dicha el portero?

HERMANO MELITÓN

Tonto es este caballero.

(Aparte.)

Pues que abrí la puerta, es llano,

(Alto.)

y aunque de portero estoy,
no me busque las cosquillas,
que padre de campanillas
con olor de santo soy.

DON ALFONSO

¿El padre Rafael está?

Tengo que verme con él.

HERMANO MELITÓN

¡Otro padre Rafael!

(Aparte.)

Amostazándome va.

DON ALFONSO

Responda pronto.

HERMANO MELITÓN

(Con miedo.)

Al momento.

padres Rafaelés... hay dos.

¿Con cuál queréis hablar vos?

DON ALFONSO

Para mí, mas que haya ciento.

El padre Rafael...

(Muy enfadado.)

HERMANO MELITÓN

¿El gordo?

¿El natural de Porcuna?

No os oirá cosa ninguna,
que es como una tapia sordo.

Y desde el pasado invierno

en la cama está tullido;

noventa años ha cumplido.

El otro es...

DON ALFONSO

El del infierno.

HERMANO MELITÓN

Pues ahora caigo en quién es:

el alto, adusto, moreno,

ojos vivos, rostro lleno...

DON ALFONSO

Llebadme a su celda, pues.

HERMANO MELITÓN

Daréle aviso primero,

porque si está en oración,

disturbarle no es razón...

Y... ¿quién diré...?

DON ALFONSO

Un caballero.

HERMANO MELITÓN

(Yéndose hacia la escalera muy lentamente, dice aparte.)

¡Caramba!... ¡Qué raro gesto!

Me da malísima espina,

y me huele a chamusquina...

DON ALFONSO

(Muy irritado.)

¿Qué aguarda? Subamos presto.

(El HERMANO se asusta y sube la escalera y, detrás de él, DON ALFONSO.)

Escena IV

El teatro representa la celda de un franciscano. Una tarima con una estera a un lado, un vasar con una jarra y vasos, un estante con libros, estampas, disciplinas y cilicios colgados. Una especie de oratorio pobre, y en su mesa una calavera, DON ÁLVARO, vestido de fraile franciscano, aparece de rodillas en profunda oración mental.

DON ÁLVARO y EL HERMANO MELITÓN

HERMANO MELITÓN

¡Padre, Padre!

(Dentro.)

DON ÁLVARO

(Levantándose.) ¿Qué se ofrece?

Entre, hermano Melitón.

HERMANO MELITÓN

Padre, aquí os busca un matón

(Entra.)

que muy ternejal parece.

DON ÁLVARO

(Receloso.)

¿Quién, hermano?... ¿A mí?... ¿Su nombre?

HERMANO MELITÓN

Lo ignoro; muy altanero

dice que es un caballero,

y me parece un mal hombre.

Él muy bien portado viene,

y en un andaluz rocín;

pero un genio muy rüin,

y un tono muy duro tiene.

DON ÁLVARO

Entre al momento quien sea.

HERMANO MELITÓN

No es un pecador contrito.

Se quedará tamañito

(Aparte.)

al instante que lo vea.

(Vase.)

Escena V

DON ÁLVARO

¿Quién podrá ser?... No lo acierto.

Nadie, en estos cuatro años,

que huyendo de los engaños

del mundo, habito el desierto,

con este sayal cubierto,

ha mi quietud disturbado.

¿Y hoy un caballero osado

a mi celda se aproxima?

¿Me traerá nuevas de Lima?

¡Santo Dios!... ¡Qué he recordado!

Escena VI

DON ÁLVARO y DON ALFONSO que entra sin desembozarse, reconoce en un momento la celda, y luego cierra la puerta por dentro, y echa el pestillo.

DON ALFONSO

¿Me conocéis?

DON ÁLVARO

No, señor.

DON ALFONSO

¿No encontráis en mi semblante

rasgo alguno que os recuerde

de otro tiempo y de otros males?

¿No palpita vuestro pecho,

no se hiela vuestra sangre,

no se anonada y confunde

vuestro corazón cobarde

con mi presencia?... O, por dicha,

¿es tan sincero, es tan grande,

tal vuestro arrepentimiento,
que ya no se acuerda el padre

Rafael de aquel indiano

don Álvaro, del constante

azote de una familia

que tanto en el mundo vale?

¿Tembláis y bajáis los ojos?

Alzadlos, pues, y miradme.

(Descubriéndose el rostro y mostrándose.)

DON ÁLVARO

¡Oh Dios!... ¡Qué veo!... ¡Dios mío!

¿Pueden mis ojos burlarme?

¡Del marqués de Calatrava

viendo estoy la viva imagen!

DON ALFONSO

¡Basta, que ya está dicho todo!

De mi hermano y de mi padre

me está pidiendo venganza

en altas voces la sangre.

Cinco años ha que recorro,

con dilatados viajes

el mundo, para buscaros,

y aunque ha sido todo en balde,

el cielo (que nunca impunes

deja las atrocidades

de un monstruo, de un asesino,

de un seductor, de un infame),

por un imprevisto acaso

quiso por fin indicarme

el asilo donde está a salvo

de mi furor os juzgasteis.

Fuera el mataros inerte

indigno de mi linaje.

Fuisteis valiente; robusto

aún estáis para un combate;

armas no tenéis, lo veo;

yo dos espadas iguales

traigo conmigo: son éstas.

(Se desemboza y saca dos espadas.)

Elegid la que os agrade.

DON ÁLVARO

(Con gran calma, pero sin orgullo.)

Entiendo, joven, entiendo,

sin que escucharos me pame,

porque he vivido en el mundo

y apurado sus afanes.

De los vanos pensamientos

que en este punto en vos arden

también el juguete he sido;

quiera el Señor perdonarme.

Víctima de mis pasiones,

conozco todo el alcance

de su influjo, y compadezco

al mortal a quien combaten.

Mas ya sus borrascas miro,

como el náufrago que sale

por un milagro a la orilla,

y jamás torna a embarcarse.

Este sayal que me viste,

esta celda miserable,

este yermo, adonde acaso

Dios por vuestro bien os trae,

desengaños os presentan,

para calmaros, bastantes,

y mas os responden mudos

que pueden labios mortales.

Aquí de mis muchas culpas,

que son, ¡ay de mí!, harto grandes,
pido a Dios misericordia;
que la consiga dejadme.

DON ALFONSO

¿Dejaros?... ¿quién?... ¿Yo dejaros
sin ver vuestra sangre impura
vertida por esta espada
que arde en mis manos desnuda?

Pues esta celda, el desierto,
ese sayo, esa capucha,
ni a un vil hipócrita guardan
ni a un cobarde infame escudan.

DON ÁLVARO

(Furioso.)

¿Qué decis?... ¡Ah!...

(Reportándose.)

¡No, Dios mío!...

En la garganta se anuda
mi lengua... ¡Señor..., esfuerzo
me dé vuestra santa ayuda!

(Repuesto.)

Los insultos y amenazas
que vuestros labios pronuncian
no tienen para conmigo
poder ni fuerza ninguna.

Antes, como caballero,
supe vengar las injurias;
hoy, humilde religioso,
darles perdón y disculpa.

Pues veis cuál es ya mi estado,
y, si sois sagaz, la lucha
que conmigo estoy sufriendo,
templad vuestra saña injusta.

Respetad este vestido,
compadeced mis angustias,
y perdonad generoso
ofensas que están en duda.

(Con gran conmoción.)

¡Sí, hermano, hermano!

DON ALFONSO

¿Qué nombre
osáis pronunciar?

DON ÁLVARO

¡Ah!...

DON ALFONSO

Una
sola hermana me dejasteis
perdida y sin honra... ¡Oh furia!

DON ÁLVARO

¡Mi Leonor! ¡Ah! No sin honra:
un religioso os lo jura.

(En delirio.)

Leonor..., ¡ay!, la que absorbía
toda mi existencia junta;
la que en mi pecho, por siempre...
Por siempre, sí, sí... que aún dura...
una pasión... Y qué, ¿vive?

¿Sabéis vos noticias suyas?...

Decid que me ama, y matadme.

Decidme... ¡Oh Dios!... ¿Me rehúsa
(Aterrado.)

vuestra gracia sus auxilios?

¿De nuevo el triunfo asegura
el infierno, y se desploma
mi alma en su sima profunda?

¡Misericordia!... Y vos, hombre
o ilusión, ¿sois, por ventura

un tentador que renueva
mis criminales angustias
para perderme?... ¡Dios mío!

DON ALFONSO

(Resuelto.)

De estas dos espadas, una
tomad, don Álvaro, luego;
tomad, que en vano procura
vuestra infame cobardía
darle treguas a mi furia.

Tomad...

DON ÁLVARO

(Retirándose.)

No, que aún fortaleza
para resistir la lucha
de las mundanas pasiones
me da Dios con bondad suma.

¡Ah! Si mis remordimientos,
mis lágrimas, mis confusas
palabras, no son bastante
para aplacaros; si escucha
mi arrepentimiento humilde

sin caridad vuestra furia,
(Arrodillase.)

prosternado a vuestras plantas

vedme, cual persona alguna

jamás me vio...

DON ALFONSO

(Con desprecio.)

Un caballero

no hace tal infamia nunca.

Quien sois bien claro publica
vuestra actitud, y la inmunda
mancha que hay en vuestro escudo.

DON ÁLVARO

(Levantándose con furor.)

¿Mancha?... ¿Y cuál?... ¿Cuál?

DON ALFONSO

¿Os asusta?

DON ÁLVARO

¡Mi escudo es como el sol limpio,
como el sol!

DON ALFONSO

¿Y no lo anubla
ningún cuartel de mulato,
de sangre mezclada, impura?

DON ÁLVARO

(Fuera de sí.)

¡Vos mentís, mentís, infame!

Venga el acero; mi furia

(Toca el pomo de una de las espadas.)

os arrancará la lengua,
que mi clara estirpe insulta.

Vamos.

DON ALFONSO

Vamos.

DON ÁLVARO

(Reportándose.)

No..., no triunfa

tampoco con esta industria

de mi constancia el infierno.

DON ALFONSO

(Furioso.)

¿Te burlas

de mí, inicuo? Pues cobarde

combatir conmigo excusas,

no excusarás mi venganza.

Me basta la afrenta tuya.
Toma.
(Le da una bofetada.)
DON ÁLVARO
(Furioso y recobrando toda su energía.)
¿Qué hiciste?... ¡Insensato!
Ya tu sentencia es segura:
¡Hora es de muerte, de muerte!
¡El infierno me confunda!

(Salen ambos precipitados.)

Escena VII

El teatro representa el mismo claustro bajo que en las primeras escenas de esta jornada. EL HERMANO MELITÓN saldrá por un lado, y como bajando la escalera; DON ÁLVARO y DON ALFONSO, embozado en su capa con gran precipitación.

HERMANO MELITÓN.- (Saliéndole al paso.) ¿Adónde bueno?
DON ÁLVARO.- (Con voz terrible.) ¡Abra la puerta!
HERMANO MELITÓN.- La tarde está tempestuosa, va a llover a mares.
DON ÁLVARO.- Abra la puerta.
HERMANO MELITÓN.- (Yendo hacia la puerta.)
¡Jesús!... Hoy estamos de marea alta... Ya voy... ¿Quiere que le acompañe?... ¿Hay algún enfermo de peligro en el cortijo?...
DON ÁLVARO.- La puerta, pronto.
HERMANO MELITÓN.- (Abriendo la puerta.) ¿Va el padre a Hornachuelos?
DON ÁLVARO.- (Saliendo con DON ALFONSO.) ¡Voy al infierno!
(Queda el HERMANO MELITÓN asustado.)

Escena VIII

HERMANO MELITÓN
¡Al infierno!... ¡Buen viaje!
También que era del infierno dijo, para mi gobierno, aquel nuevo personaje.
¡Jesús, y qué caras tan...!
Me temo que mis sospechas han de quedar satisfechas.
Voy a ver por dónde van.
(Se acerca a la portería y dice como admirado.)
¡Mi gran padre San Francisco me valga!... Van por la sierra, sin tocar con el pie en tierra, saltando de risco en risco.
Y el jaco los sigue en pos como un perrillo faldero.
Calla..., hacia el despeñadero de la ermita van los dos.
(Asomándose a la puerta con gran afán; a voces.)
¡Hola..., hermanos..., hola!... ¡Digo!...
No lleguen al paredón, miren que hay excomunión, que Dios les va a dar castigo.
(Vuelve a la escena.)
No me oyen, vano es gritar.
Demonios son, es patente.
Con el santo penitente sin duda van a cargar.
¡El padre, el padre Rafael!...
Si quien piensa mal, acierta.

Atrancaré bien la puerta...,
pues tengo un miedo cruel.
(Cierra la puerta.)
Un olorcillo han dejado
de azufre... Voy a tocar
las campanas.

(Vase por un lado, y luego vuelve por otro como con gran miedo.)

Avisar
será mejor al prelado.
Sepa que en esta ocasión,
aunque refunfuñe luego,
no el padre Guardián, el lego
tuvo revelación.

(Vase.)

Escena IX

El teatro representa un valle rodeado de riscos inaccesibles y de malezas, atravesado por un arroyuelo. Sobre un peñasco accesible con dificultad, y colocado al fondo, habrá una medio gruta, medio ermita con puerta practicable, y una campana que pueda sonar y tocarse desde dentro; el cielo representará el ponerse el sol de un día borrascoso, se irá oscureciendo lentamente la escena y aumentándose los truenos y relámpagos, DON ÁLVARO y DON ALFONSO salen por un lado.

DON ALFONSO
De aquí no hemos de pasar.
DON ÁLVARO
No, que tras de estos tapiales bien sin ser vistos, podemos terminar nuestro combate.
Y aunque en hollar este sitio cometo un crimen muy grande, hoy es de crímenes día, y todos han de apurarse.
De uno de los dos la tumba se está abriendo en este instante.
DON ALFONSO
Pues no perdamos más tiempo, y que las espadas hablen.
DON ÁLVARO
Vamos; mas antes es fuerza que un gran secreto os declare, pues que de uno de nosotros es la muerte irrevocable, y si yo caigo es forzoso que sepáis en este trance a quién habéis dado muerte, que puede ser importante.
DON ALFONSO
Vuestro secreto no ignoro, y era el mejor de mis planes para la sed de venganza saciar que en mis venas arde, después de heriros de muerte daros noticias tan grandes, tan impensadas y alegres, de tan feliz desenlace, que al despecho de saberlas, de la tumba en los umbrales, cuando no hubiese remedio, cuando todo fuera en balde, el fin espantoso os diera digno de vuestras maldades.

ON ÁLVARO

Hombre, fantasma o demonio,
que ha tomado humana carne
para hundirme en los infiernos,
para perderme..., ¿qué sabes?...

DON ALFONSO

Corrí el Nuevo Mundo... ¿Tiemblas?

Vengo de Lima... Esto baste.

DON ÁLVARO

No basta, que es imposible
que saber quién soy lograses.

DON ALFONSO

De aquel virrey fementido
que, pensando aprovecharse
de los trastornos y guerras,
de los disturbios y males
que la sucesión al trono
trajo a España, formó planes
de tornar su virreinato
en imperio, y coronarse,
casando con la heredera

última de aquel linaje
de los Incas, que en lo antiguo,
del mar del Sur a los Andes
fueron los emperadores,
eres hijo. De tu padre,
las traiciones descubiertas,
aún a tiempo de evitarse,
con su esposa, en cuyo seno
eras tú ya peso grave,
huyó a los montes, alzando
entre los indios salvajes
de traición y rebeldía
al sacrílego estandarte.
No los ayudó la Fortuna,
pues los condujo a la cárcel
de Lima, do tú naciste...

(Hace extremos de indignación y sorpresa DON ÁLVARO.)

Oye..., espera hasta que acabe.

El triunfo del rey Felipe
y su clemencia notable,
suspendieron la cuchilla
que ya amagaba a tus padres,
y en una prisión perpetua
convirtió el suplicio infame.
Tú entre los indios creciste,
como fiera te educaste,
y viniste ya mancebo
con oro y con favor grande,
a buscar completo indulto
para tus traidores padres.
Mas no, que viniste sólo
para asesinar cobarde,
para seducir inicuo
y para que yo te mate.

DON ÁLVARO

(Despechado.) Vamos a probarlo al punto.

DON ALFONSO

Ahora tienes que escucharme,
que has de apurar, ¡vive el cielo!,
hasta las heces el cáliz.
Y si, por ser mi destino,
consiguieses el matarme,
quiero allá en tu aleve pecho

todo un infierno dejarte.

El rey, benéfico, acaba
de perdonar a tus padres.
Ya están libres y repuestos
en honras y dignidades.

La gracia alcanzó tu tío,
que goza favor notable,
y andan todos tus parientes
afanados por buscarte
para que tenga heredero...

DON ÁLVARO

(Muy turbado y fuera de sí.)
Ya me habéis dicho bastante...
No sé dónde estoy, ¡oh cielos!...,
si es cierto, si son verdades
las noticias que dijisteis...,
(Enternecido y confuso.)
¡todo puede repararse!
Si Leonor existe, todo.
¿Veis lo ilustre de mi sangre?...
¿Veis?...

DON ALFONSO

Con sumo gozo veo
que estáis ciego y delirante.
¿Qué es reparación?... Del mundo
amor, gloria, dignidades,
no son para vos... Los votos
religiosos e inmutables
que os ligan a este desierto,
esa capucha, ese traje,
capucha y traje que encubren
a un desertor que al infame
suplicio escapó en Italia,
de todo incapaz os hacen.
Oye cuál truena indignado

(Truena.)

contra ti el cielo... Esta tarde
completísimo es mi triunfo.
Un sol hermoso y radiante
te he descubierto, y de un soplo
luego he sabido apagarle.

DON ÁLVARO

(Volviendo al furor.)

¿Eres monstruo del infierno,
prodigio de atrocidades?

DON ALFONSO

Soy un hombre rencoroso
que tomar venganza sabe.
Y porque sea más completa,
te digo que no te jactes
de noble... Eres un mestizo
fruto de traiciones.

DON ÁLVARO

(En el extremo de la desesperación.)
Baste.

¡Muerte y exterminio! ¡Muerte
para los dos! Yo matarme
sabré, en teniendo el consuelo
de beber tu inicua sangre.

(Toma la espada, combaten y cae herido DON ALFONSO.)

DON ALFONSO.- Ya lo conseguiste... ¡Dios mío!
¡Confesión! Soy cristiano... Perdonadme... Salva mi alma...

DON ÁLVARO.- (Suelta la espada y queda como petrificado.) ¡Cielos!... ¡Dios mío!... ¡Santa Madre de los Ángeles!... ¡Mis manos tintas en sangre..., en sangre de Vargas!...

DON ALFONSO.- ¡Confesión! ¡Confesión!... Conozco mi crimen y me arrepiento... Salvad mi alma, vos que sois ministro del Señor...

DON ÁLVARO.- (Aterrado.) ¡No, yo no soy más que un réprobo, presa infeliz del demonio! Mis palabras sacrílegas aumentarían vuestra condenación. Estoy manchado de sangre, estoy irregular... Pedid a Dios misericordia... Y..., esperad..., cerca vive un santo penitente..., podrá absolveros... Pero está prohibido acercarse a su mansión... ¿Qué importa? Yo, que he roto todos los vínculos, que he hollado todas las obligaciones...

DON ALFONSO.- ¡Ah! ¡Por caridad, por caridad...

DON ÁLVARO.- Sí, voy a llamarlo... al punto...

DON ALFONSO.- Apresuraos, padre... ¡Dios mío!

(DON ÁLVARO corre a la ermita y golpea la puerta.)

DOÑA LEONOR.- (Dentro.) ¿Quién se atreve a llamar a esta puerta? Respetad este asilo.

DON ÁLVARO.- Hermano, es necesario salvar un alma, socorrer a un moribundo: venid a darle el auxilio espiritual.

DOÑA LEONOR.- (Dentro.) Imposible, no puedo; retiraos.

DON ÁLVARO.- Hermano, por el amor de Dios.

DOÑA LEONOR.- (Dentro.) No, no; retiraos.

DON ÁLVARO.- Es indispensable; vamos. (Golpea fuertemente la puerta.)

DOÑA LEONOR.- (Dentro, tocando la campanilla.) ¡Socorro! ¡Socorro!

(Ábrese la puerta.)

Escena X

Los mismos y DOÑA LEONOR vestida con un saco y esparcidos los cabellos, pálida y desfigurada, aparece a la puerta de la gruta, y se oye repicar a lo lejos las campanas del convento.

DOÑA LEONOR.- Huid, temerario; temed la ira del cielo.

DON ÁLVARO.- (Retrocediendo horrorizado por la montaña abajo.) ¡Una mujer!... ¡Cielos!... ¡Qué acento!... ¡Es un espectro!... Imagen adorada... ¡Leonor! ¡Leonor!

DON ALFONSO.- (Como queriéndose incorporar.) ¡Leonor! ¿Qué escucho? ¡Mi hermana!...

DOÑA LEONOR.- (Corriendo detrás de DON ÁLVARO.) ¡Dios mío! ¿Es don Álvaro?... Conozco su voz... Él es... ¡Don Álvaro!

DON ALFONSO.- ¡Oh furia!... Ella es... ¡Estaba aquí con su seductor!... ¡Hipócritas!... ¡Leonor!

DOÑA LEONOR.- ¡Cielos!... ¡Otra voz conocida!... Mas ¿qué veo?...

(Se precipita hacia donde ve a DON ALFONSO.)

DON ALFONSO.- ¡Ves al último de tu infeliz familia!

DOÑA LEONOR.- (Precipitándose en los brazos de su hermano.) ¡Hermano mío!... ¡Alfonso!

DON ALFONSO.- (Hace un esfuerzo, saca un puñal, y hiere de muerte a LEONOR.) ¡Toma, causa de tantos desastres, recibe el premio de tu deshonra!... Muero vengado. (Muere.)

DON ÁLVARO.- ¡Desdichado!... ¿Qué hiciste?... ¡Leonor! ¿Eras tú?... ¿Tan cerca de mí estabas?... ¡Ay! (Sin osar acercarse a los cadáveres.) Aún respira..., aún palpita aquel corazón todo mío... Ángel de mi vida..., vive, vive...; yo te adoro... ¡Te hallé, por fin... sí, te hallé... muerta!

(Queda inmóvil.)

Escena última

Hay un rato de silencio; los truenos resuenan más fuertes que nunca, crecen los relámpagos, y se oye cantar a lo lejos el Miserere a la comunidad, que se acerca lentamente.

VOZ DENTRO.- ¡Aquí, aquí! ¡Qué horror!

(DON ÁLVARO vuelve en sí y luego huye hacia la montaña. Sale el PADRE GUARDIÁN con la comunidad, que queda asombrada.)

PADRE GUARDIÁN.- ¡Dios mío!... ¡Sangre derramada!... ¡Cadáveres!... ¡La mujer penitente!

TODOS LOS FRAILES.- ¡Una mujer!... ¡Cielos!

PADRE GUARDIÁN.- ¡padre Rafael!

DON ÁLVARO.- (Desde un risco, con sonrisa diabólica, todo convulso, dice.) Busca, imbécil, al padre Rafael... Yo soy un enviado del infierno, soy el demonio exterminador... Huid, miserables.

TODOS.- ¡Jesús, Jesús!

DON ÁLVARO.- Infierno, abre tu boca y trágame! ¡Húndase el cielo, perezca la raza humana; exterminio, destrucción...! (Sube a lo más alto del monte y se precipita.)

EL PADRE GUARDIÁN Y LOS FRAILES.- (Aterrados y en actitudes diversas.) ¡Misericordia, Señor! ¡Misericordia!

FÍN

[Ir al principio](#) ↑